

batan, pero acrecientan mi cariño. Cuando se iba á manchar sentí que me faltaba la existencia y le detuve; esta debilidad es horrible; pero no soy dueña de mi voluntad. Le amo con toda el alma.

Quedóse la joven sumerjida en una indolencia profunda.

Volvió después la reacción de su espíritu y dijo con voz alta á pesar de hallarse enteramente sola:

—Es necesario revelarle todo, este secreto me pesa sobre el corazón, le diré quién soy para que una el respeto á su cariño. Me cree hija de un comerciante y esto humilla su ser aristócrata; además que sus tendencias políticas son las mismas que me han arrojado é este país.

Después de algunos momentos prosigió:

—Este necio de Mondoñedo me ha puesto al tanto de todo lo insignificante, nada me ha hablado de esa señorita Mons..... no importa, el amor que he despertado en el corazón de ese miserable, pone su vida á mi disposición, los acontecimientos se suceden rápidamente y puedo necesitarle.....Dios mío! este amor me ha subyugado á un extremo irresistible: si otro hombre se hubiese permitido levantar la vista á una mujer..... le hubiera arrojado de mi corazón para siempre.....pero entonces yo no hubiera sufrido este tormento, al verlo ausentar, ni le tendría miedo á una separación que sería mi muerte!

Dos lágrimas como gotas de rocío se desprendieron de las ardientes pupilas de la joven.

CAPITULO XII.

DE COMO EL INVALIDO TORRE-MELLADA POR DARLE AL VIOLIN LE DIO AL VIOLON

I.

El viejo soldado estaba con hipocondría; cierto es que no predominaba en su alma el amor filial, sino el sentimiento del orgullo al verse burlado por una rapazuela.

El inválido abandonó su casa del Niño Perdido y se marchó al pueblo de Mixcoac, diciendo á su casero que iba á tomar temperamento.

La vecindad supo el cuento y de secreto en secreto y de cuchicheo en cuchicheo, se enteró todo el barrio, y del barrio salió en alas de la crónica hasta perderse en ese "marc magnum" de historias que tienen la gran ciudad de los aztecas. Aquella exclamación de Torre-Mellada que se había arrancado

de su pecho y de su memoria era muy significativa. El viejo había dicho al saber la fuga de su hija: "Igual á su madre!" esto quería decir que la buena de su esposa la brigadiera Doña Tomasa Riva de Neyra y Ximénez de Torre-Mellada había tomado las de Villadiego.

No era extraño que la cónyugue del inválido se hubiera revestido de todo el valor heroico para un paso tan formidable, si se atiende á que el inválido era un hombre punto más que insoportable. A los asistentes y gente de tropa los trataba como á su consorte, y quería ser servido conforme á ordenanza aún en los casos más íntimos de la vida doméstica. Así es que la señora brigadiera Doña Tomasa Riva de Neyra y Ximénez de Torre Mellada, la levantaba al toque de "diana," y la hacía acostar al de "silencio," y comer á la hora de "rancho." La infeliz cónyugue no andaba sino que "marchaba," y como el inválido era soldado de caballería, hacía que sus infelices criados trotaran ó anduvieran á escape ó galope, según la prisa que tenía Torre-Mellada, en sus asuntos. Sucedió lo que había de suceder, que la brigadiera tocó trote y se escapó con el ayudante, y Torre-Mellada la borró de la lista de revista apuntándola como desertora en campaña, y decimos que en campaña, porque el día y parte de la noche la pasaban en reyertas domésticas que subían á tal grado, que hubo vez en que la brigadiera desplumó el sombrero montado de Torre-Mellada y el inválido hizo pedazos el peinetón de carey en las mejillas de su consorte. El soldado dió á criar á su hija Isabel á una señora de la vecindad y ya que estuvo crecida la llevó á su casa. La chica se educó entre los soldados asistentes, y estaba entregada á las diversiones contrarias á su sexo. Isabel se ponía una cachucha de su padre, se montaba en un carrizo, y con espada en mano recorría las viviendas ajenas haciendo destrozos. Si los vecinos se quejaban, el viejo echaba [como vulgarmente se dice] sapos y culebras por aquella boca de infierno. La niña recibía una reprensión y añadía á su catálogo dos ó tres palabras no muy edificantes del vocabulario del veterano. Isabel fué haciéndose señorita; pero con un carácter impetuoso y terrible, aunque predominaba en ella el género burlesco. Desatendida la joven por su padre, su educación era mala y no podía parar en bien. En un bailecito de "candil," como había dicho Don Fernando, se había encontrado con el vástago del Conde del Jaral. El título la deslumbró, soñó un instante con ser condesa y comenzó á coquetear con el calavera, que pasó con la chica un rato agradable de conversación. Don Fernando la pidió una cita. Isabel no pudo negarla y el Conde, por no tener en qué ocuparse acudió á perder un rato al lado de Isabel. Los amigos de Don Fernando le dieron á la muchacha un recado supuesto, ella lo creyó, y sin reflexionar un momento sobre el paso que iba á dar, se salió de su ca-

sa, como han visto nuestros lectores, creyendo hallar tras este escándalo un casamiento.

II.

El viejo Torre-Mellada, á pesar de ser un bruto de primera fuerza, comenzó á husmear sobre el paradero de su hija y comenzó por seguir á los estudiantes, calculando que ellos debían estar sobre la pista. Indagó en la Escuela de Medicina donde vivía Felipe Cuevas y siguió al estudiante como una sombra. La noche que Don Fernando y el estudiante riñeron á estocadas. Torre-Mellada se había emboscado en la plazuela de Regina y sacado por consecuencia que aquellos dos atronados se disputaban el amor de una dama.

Al inválido se le pasó por las mientes que podía tratarse de su hija y rondó la calle sin adelantar cosa alguna. Le llamó la atención el misterio de la casa, y se le metió en la cabeza que había visto tras de los cristales del balcón á su hija ó á una persona muy parecida. Probó á entrar; pero el gesto agrio del guardador de Rosa lo rechazó. Entonces se encaró al sacristán y le dijo con voz de trueno:

—Señor mío, entrégueme usted pronto á mi hija.

—¿Qué hija?

—La que tiene usted encerrada en ese chiribitil.

—Yo no conozco á usted ni sé lo que está diciendo.

—¡Por Barrabás que me explico demasiado! exclamó Torre-Mellada.

—Váyase el buen hombre y no me moleste.

—Yo no soy un buen hombre, sacristán del infierno!

—Vea el señor soldado que á pesar de pertenecer á la Iglesia, tengo unos puños que.....

—¿Luego usted me amenaza?

—Yo no amenazo á ninguno.

—Pues sepa el monigote, que de un muletazo le puedo hundir el cráneo!

El sacristán, que por motivos que después sabrán nuestros lectores, ignoraba quién era Rosa, temió que fuese la hija del veterano y se propuso llevar hasta donde pudiera el negocio en paz.

—Amigo mío, dijo procurando dulcificar su voz de catarro, no hay para qué reñir, usted se ha equivocado y santas pascuas.

—Puede que yo le dé esas pascuas á garrotazos, si no me sastiface de lo que llama con tanta "sobrepopeya" un error.

El viejo guardián de la iglesia, que era un hombre bilioso en extremo y acostumbrado á regañar á los beatos de ambos sexos sin contradicción, se sentía estallar por momentos.

—Insisto, prosiguió Torre-Mellada, en que usted, si no es el raptor de mi hija, es el medianero en sus amoríos escandalosos.

Esto era más de lo que un hombre como el sacristán podía sufrir. Levantó sin poderse contener el brazo derecho y lo descargó á plomo sobre el carrillo del inválido. El inválido, como en "Llueven bofetones," lo primero que hizo fué recibirlo y en segunda contestarle con tan furioso muletazo, que dejó sin aliento al sacristán. Estos dos golpes fueron los primeros; pero nosotros no podemos contar los que se sucedieron; porque el "clero" y el "ejército" rodaron por el suelo en medio de tal zurríbamba de palos, trompetones y desverguenzas, que ocurió la primera autoridad al lugar de la riña. La primera autoridad fué el "ayudante de acera," barbero de profesión y tinterillo distinguido del barrio de Regina.

—Señores, exclamaba el agente de justicia, contengan ustedes su furor reflexionen que la constitución de 857 prohíbe los duelos, no le falten á las autoridades dimanadas del código fundamental en una de sus leyes reglamentarias: no me pongan en el duro caso de apelar á la fuerza de las armas para separarlos.

Sin prestar atención á la proclama del alcalde auxiliar seguía la fracasada con encarnizamiento.

—¡Eal! gritaba el barbero, se están violando las garantías individuales de que habla la ley en su primera sección; esto es atentorio, recuerden ustedes que están en un país libre, pero donde se conserva el fuero de la inviolabilidad de ciudadano. La policía acudió al zaguán de la casa cural y á fuerza de tiros y ezfuerzos supremos desataron el nudo ó masa compacta que habían formado aquellos hombres empeñados cuando menos en extrangularse.

—Señores decía el barbero, son dos contendientes y sólo se perciben tres piernas.

Esto es horrible dijo una vieja, seguramente el señor sacristán ha logrado arrancarle un miembro á ese soldado infernal.

Bañados en sangre, llenos de contusiones, pero sin mediar herida alguna grave, se levantaron el sacristán y Torre-Mellada.

—Esta es una cuestión canónica, dijo el barbero; la riña ha tenido lugar en un sitio sagrado, el recinto está violado.

—Este hombre es un infame gritaba el inválido; pero ya llevó su merecido.

—Quien lo ha llevado es usted, viejo estúpido, contestó el sacristán jadeando de fatiga.

—Ya que están en paz, dijo solamente el alcalde, voy á hacerles saber la pena que han incurrido.

—Usted no tiene que mezclarse conmigo, exclamó el inválido.

—¿Cómo que nó?

—Yo soy un coronel del ejército, y las leyes civiles no han comprendido nunca á los afora dos.

—Eso era en los tiempos bárbaros, hoy somos todos iguales y en negocios de policía no hay fueros.

—Yo no seré nunca igual á ese sacristán.

—Distingo, dijo el alcalde ante la ley sí, en el campo de batalla no.

—El tiene una pierna y yo dos, la igualdad es imposible, dijo el sacristán por herir al inválido.

—Pero vale por tres gritó Torre Mellada.

—Subsiste la misma diferencia, observó el alcalde, pero aquí no se trata sino de saber el motivo de la riña sin hacer balance de los miembros que les faltan á los contendientes.

—El señor dijo el soldado, tiene oculta en su casa á mi hija.

—No es cierto.

—Yo la he visto, y pido que se haga un escrupuloso cateo en toda la casa y cuatro cuadras en contorno.

El alcalde reflexionó, y como cada vez que reflexionaba un alcalde es para hacer una barbaridad, sin más trámite, se dirigió á allanar la casa seguido de sus tinterillos. El sacristán protestó contra la providencia pero no se le hizo aprecio; y el barbero penetró en los aposentos que conocen nuestros lectores. Luego que el alcalde vió los magníficos estantes de nogal y el rico bufete y los muebles suntuosos, que jamás pudo imaginarse existiesen en una casa de tan modesta apariencia.

Rosa salió al encuentro de la autoridad, y la autoridad quedó sorprendida de su actitud distinguida y de su belleza.

—Señora, dijo el barbero, es necesario que usted vaya á un depósito.

—Supongo, dijo la dama, que estará usted suficientemente autorizado para ese procedimiento.

—Como usted ha abandonado al señor su padre fugándose de la casa.

—Alcalde, está usted delirando, yo no tengo padre y no tengo más casa que ésta.

—Su padre está inconsolable, reflexione usted que ya es viejo y no es justo darle esas pesadumbres, todo podrá arreglarse satisfactoriamente, yo no le seguiré perjuicio alguno al sacristán, se casará usted con su raptor.

—¿Qué pasa aquí? preguntó la joven, este hombre no sabe lo que habla.

Mosqueóse el alcalde y queriendo echársela de autoridad, respondió con altanería:

—Voy á proceder al cateo; y se apoderó de un legajo de papeles que tenía puesto sobre la faja este rótulo: "asuntos de México."

Palideció la joven y dijo con asento turbado:

—Dejad esos papeles, caballero son negocios de familia que á nadie interesan.

—Los presentaré á mis superiores, respondió el alcalde, y en cuanto á usted, haré entrar al señor su padre para que la vuelva á casa.

Diciendo esto bajó al patio é hizo subir al inválido, que exclamaba lleno de gozo:

—¡Ya la tengo!.....¡ya la encontré!

Entráronse el Alcalde y el soldado á la habitación.

—Vamos, dijo la autoridad, cargue usted con su hija; y en honor de la recta administración de justicia, declara usted que me he portado como un buen servidor de la ley.

—Yo no conozco á la señorita.

—¿Lo oye usted, Alcalde?

—¿Qué no la conoce usted?

—No, esta señorita no es mi hija.

—Si se estarán burlando de la autoridad!

—Repito que jamás he visto á esta dama, y que á la persona que yo busco es á Isabel Torre-Mellada.

—Yo sí que estoy mellado, pensó el Alcalde, sólo estos papeles pueden disculpar una medida tan violenta.

—Supongo que deshecha la equivocación me dejará usted en paz.

—Bien, accedo á la petición de usted, y yo no he tenido la culpa, sino el señor que afirmó estar en esta casa la señorita su hija.

—La denuncia tenía todos los visos de certeza, yo pido perdón á esta señora.

—Señores, ruego á ustedes salgan de esta casa, los curiosos están llegando y van á creer en cosas que aquí no pasan.

El Alcalde hizo una reverencia y se marchó directamente al Ministerio de la Guerra con el legajo de papeles. Torre-Mellada, desesperado de haber errado el golpe y adolorido por los golpes del sacristán, se marchó en busca de mejores datos decidido á seguir en la vía penosa de las indagaciones.

III.

Luego que la gente de justicia hubo desaparecido, la joven se dejó caer en uno de los sillones; y cubriéndose el rostro con las manos, exclamó,

—¡Estoy perdida!

El viejo sacristán contemplaba á aquella interesante criatura en su abatimiento. Volvió en sí, y pensó en conjurar la tormenta próxima á estallar sobre su existencia.

—Haced que traigan un carruaje inmediatamente.

El sacristán salió con violencia.

—Recojamos, dijo, los papeles más importantes, y comenzó á abrir los cajones del bufete.

Recogió los billetes y cuanto estimó de algún valor é interés y esperó la llegada del coche.

Después, dándose una palmada en la frente, exclamó:

—¡Dios mío! ¡se me olvidaba! y se dirigió con presteza hacia el cuadro de la Herodías, lo descolgó, y desplegando el lienzo de la madera, lo arrolló cuidadosamente, no sin pasar sus labios delicados por la cabeza de San Juan Bautista.

—Señora, dijo el sacristán, el carruaje está á la disposición de usted.

—Bien, tú me acompañarás.

—Como usted guste.

La joven, seguida del anciano, se entró en el carruaje. Rosa dió su dirección al conductor y poco después se perdieron en las calles de la ciudad.

IV.

Llegó el alcalde á la estancia del ministro de la guerra anunciándose misteriosamente. El general Zaragoza recibió á aquel hombre, que ignoraba la trascendencia que iba á tener su imprudente conducta. Presentóle los papeles que Zaragoza leyó con profunda atención. Cuando llegó á unas cartas, tomó un billete anónimo que estaba sobre el bufete y cotejó la letra. Es cosa singular, murmuró el ministro, y ordenando al alcalde que procediera á un escrupuloso cateo y á la detención de las personas que se encontrasen en la casa, se dirigió á la sala presidencial.

El alcalde se fué lleno de alegría y de satisfacción, tomó una media docena de agentes de policía, y dándoles instrucciones reservadas, comenzó por circunvalar la casa, apostar centinelas en las boca-calles, y seguido de sus testigos de asistencia, tornó á penetrar en la casa del sacristán.

Llegó con sigilo queriendo dar un golpe de teatro, y aventando la puerta con todo el aire del alcalde Ronquillo, gritó:

—¡Daos todos á prisión!

Como las casas no hablan, nadie respondió á la intimación gubernativa.

Entonces la autoridad recorrió los aposentos, esculcó los estantes con nimia escrupulosidad y encontró después de sus pesquisas un traje elegante de señora.

—Aquí está la ponzoña, aquí el cuerpo del delito, este traje hablará.

En aquellos momentos el estudiante Mondoñedo, deseando saber lo que acontecía, penetró en la casa dispuesto á comprometer su existencia si era necesario, por salvar á aquella mujer á quien amaba violentamente.

—Ya habló el traje! gritó el alcalde, aprehendan al señor.

—¿A mí? preguntó confuso el estudiante.

—A usted, caballero, usted, y en nombre del ministro de la guerra.

Los policías se apoderaron de Mondoñedo y lo condujeron á la Diputación con el parte correspondiente.

V.

Al día siguiente, las beatas del barrio se aglomeraban en la puerta del templo de Regina para averiguar por qué habían enmudecido los bronces del campanario. Súpose por toda cosa que el sacristán había desaparecido y que la casa cural quedaba cerrada bajo los sellos de la justicia.

CAPITULO XIII.

HISTORIA DEL ULTIMATUM FRANCES Y SUS EFECTOS SOBRE
LA RESPETABLE PERSONA DE UN GALLEGO.

I.

El ministro francés había lanzado la primera chispa de ese incendio que más tarde envolvió á la nación en las llamas asoladoras de la conquista. Saligny envió un "ultimatum" al gobierno mexicano en términos indecorosos, que de aceptarlos se hubiera arrastrado por el suelo el honor nacional. Juárez rechazó indignado la nota del plenipotenciario y las relaciones quedaron interrumpidas, tal vez para reanudarse bajo el reinado de otros hombres y de otro siglo. Aquella

inmotivada y violenta determinación exaltó los ánimos y la palabra de "guerra" fué pronunciada por los labios palpitantes de los mexicanos. La noticia de la triple alianza aún no se daba como definitiva, y sólo se sabía que la España, después de desairar al embajador Pacheco, que se presentó demandando justicia en las Cortes, provocando un conflicto internacional, había dado orden al capitán general de la isla de Cuba para que tuviese dispuesta una escuadra pronta á darse á la vela rumbo á las playas mexicanas. Los antiguos odios entre el conquistador y la raza conquistada se despertaron con más ardor aún que en 1810. Recordáronse los hechos gloriosos de nuestros padres, se expusieron los cuadros más sangrientos de las devastadoras escenas de Hernán Cortés, se invocó el patriotismo de Cuatimotzin sobre la hoguera, y se sacó á la luz de la purísima libertad el venerado estandarte de Dolores!

II.

Juárez aún no llamaba con su voz autorizada á la nación en torno de sus banderas, limitóse el presidente á poner el ejército en pié de guerra, solicitando el contingente de sangre de los Estados, y preparó en silencio la defensa de la nación. Juárez luchaba en aquellos momentos por restablecer las relaciones con la Gran Bretaña, quería aceptar la guerra con el ejército de Isabel II, y encontrarse frente á frente, pero solos en la lucha, y renovar los días gloriosos de la independencia. México no retrocedería ante el peligro, no tenía que ofrecerle á la libertad más que su sangre, era ya tiempo de que se derramara en torrentes por su tierra bendita, para refrescar los laureles que crecen en las tumbas de nuestros abuelos! El ministro de relaciones ajustaba una convención con la Inglaterra para conjurar la tormenta que rugía allende el oceano. Esa proposición de Wyke en que se vilependiaba la honra del país y se escarneía el decoro de México, cayó en pedazos bajo la tribuna donde se alzó mejestuoso la prominente figura de Lerdo de Tejada, profeta inspirado de nuestra nacionalidad!

III.

La victoria alcanzada en las cumbres del Real del Monte

sobre los restos ensangrentados y deformes de la reacción, alentó más y más el espíritu público, y la nación entera yacía nerviosa y calenturienta esperando el primer toque para entrar en la pelea. Levantáronse las guardias nacionales, aumentóse el pié del ejército, las maeztranzas se pusieron en juego, y todo aquel aparato denunciaba un gran acontecimiento.

Entre tanto, el coloso americano dejaba oír el ruido gigante de sus "monitores" y Edmundo Lee brillaba como un astro en los campos victoriosos de Springfield y Bull's Run! El continente entero estaba envuelto en el turbión revolucionario y la sentencia del Evangelio próxima á realizarse:

"Todo pueblo dividido perecerá"

IV.

El ministro Saligny anunció su salida para el 6 de Diciembre, y multitud de españoles que creían expuestas sus vidas y haciendas agregaron sus sillas de posta á la cabalgata del ministro para abandonar definitivamente sus antiguos hogares. Hay un personaje de nuestra novela que tal vez hayan olvidado nuestros lectores; pero que nosotros tendremos el honor de recordarles. Se trata nada menos de aquel infeliz gallego, padre adoptivo de Mondoñedo. Este ciudadano español, natural de Galicia, tenía la historia vulgar de muchos colonos.

Heraclio Mondoñedo había nacido en la Coruña y sus padres eran labradores. Aconteció que un señor español propietario de México pidió "brazos para su tienda de abarrotes," recomendando que fuesen robustos, no los abarrotes, sino los brazos. El padre de Mondoñedo llamó á su hijo y hablándole en buen gallego le dijo:

—Heraclio, mañana te embarcas para las Indias, te despacho á hacer fortuna, aprovecha la oportunidad de ir formando parte del "lastre" del buque, y que Dios te ayude; no dejes de mandarnos algo de lo que ganes.

La madre de Heraclio le arregló alguna ropa que colocó en un baúl del tiempo de Doña Urraca, le colgó al cuello un escapulario de Santiago de Compostela y lo acompañó hasta el embarcadero. Heraclio fué recibido por el capitán como un bulto consignado á Veracruz. Dióse el buque á la vela y las playas natales desaparecieron sin que Mondoñedo notase, por la sencilla razón de haberse mareado á las primeras viradas del buque. El "Pájaro de Galicia," que así se llamaba el barco, hizo con toda rapidez y felicidad treinta días de navegación.

Heráclito Mondoñedo saltó á tierra como un bobo y fué entregado á la casa del consignatario, para que lo remitieran en compañía de otros asturianos y montañeses á la gran Tenoxtitlán. La casa comisionista empaquetó en un carro á los "brazos fuertes" que pedía el corresponsal, y en doce días los plantó en la calle del Seminario de México, casa de Don José Carrujo y compañía. Varios propietarios fueron á elegir sus dependientes y á Mondoñedo le tocó la casa de Don Cándido Guerra. Mondoñedo comenzó por barrer la calle, después se limitó al interior de la tienda en cuya escala calzó la primera chaqueta y dejó la montera y el chaleco colorado.

Mondoñedo tenía el pensamiento "largo y angosto;" pero un instinto mediano para el comercio. Después de algunos años consiguió el patrón que Heraclio se pusiera levita. Ese día el gallego no estaba en sí, le parecía que alguien le seguía, que le sobraban faldones, que aquello era "post scriptum" de la chaqueta; un pecado contra su traje nacional, una falta de respeto á los gallegos. El patrón le regaló un reloj de plata como un sartén. Mondoñedo estaba á punto de volverse loco; llegó á gastar la bolsa del chaleco de tanto envainar y desenvainar aquella muestra gigante. Mondoñedo á los diez meses ya sabía perfectamente la combinación del horario y el minuterero, aunque conservaba alguna duda sobre los numeros romanos. Al principio quería leer la caratula del reloj. Heraclio formó de una talega de cuero su caja de ahorros, y primero se dejaba sacar una muela que un ochavo. Una Semana Santa fué á tomar un vaso de nieve, le pareció muy caro el precio y la nieve muy fría. No volvió ni á pasar por el establecimiento. Heraclio asistía como dependiente á los magníficos convites de la casa de su patrón Don Cándido Guerra, le gustaban algunas de las jóvenes concurrentes, pero jamás se atrevió á decirles ni una palabra, mientras sus compañeros se mostraban algo atrevidillos. Receloso, como de fama pública son los gallegos, desconfiaba de todo el mundo. Cuando ya su fortuna estaba en disposición de girarse por sí sola, su patrón que era un gran protector de los españoles, le planteó una negociación de abarrotes y lo dejó en vía de hacer suerte. Mondoñedo comenzó á menguar, debido á caprichos estúpidos, y su capital estaba á punto de desaparecer, cuando llegó en un canasto como Moisés, nuestro conocido y simpático estudiante. Dentro del canasto había una libranza de mil pesos y una carta con instrucciones, en que se le decía entre otras cosas, que recibiría doscientos duros mensuales para la educación del expósito.

Ya sabemos que clase de educación le dió á Mondoñedo y la fuga de éste, por salir de las garras del gallego.

V.

Heraclio Mondoñedo recibió un día una serie de billetes que importaban veinte mil pesos, y otra carta en que se le encargaba entregar diez y seis mil al joven y reservar cuatro como premio de sus buenos oficios. Heraclio hizo un argumento gallego: Diez y seis mil pesos que debía entregar y no entrego, y cuatro mil que me corresponden, son los veinte mil que me guardo.

El infernal gallego no quiso cobrar las letras, porque veía acercarse el momento de la revolución. Algo le inquietaba el pensar en un viaje á España, que de allí venían las mesadas y las últimas letras. Creía el gallego en la posibilidad de que se le reclamase el dinero y el chico. Heraclio realizó lo poco que le había quedado de su bancarrota, y todo lo depositó en una cartera, á la que dió sepultura eclesiástica en la bolsa de la chaqueta, cosiéndola perfectamente para evitar una pérdida. Dispuso la marcha en compañía de esa falange que seguiría como escolta al ministro Saligny, y donde iría con toda seguridad.

Súpose en el barrio el viaje de Mondoñedo, y los vecinos le levantaron el falso testimonio de haber hablado mal de México y sus moradores. Heraclio vivía con una tal Doña Petra, á quien amaba hasta el grado de apalearla cuatro ó cinco veces por trimestre. La vieja olió el viaje de su amante y alborotó el barrio con sus lamentos, y más aún con sus chismes. Felipe Cuevas fué convidado por otros perdularios para acompañar al viajero á la casa de postas. Toda la turba se puso en acecho del gallego, que desde las cinco de la mañana se encaminó á tomar asiento en la diligencia. Luego que salió de su casa al grito de:

"Santiago y Sierra España," le dieron una de naranjazos que ya pedía misericordia.

—¡Muera Mondoñedo! gritó la voz conocida de Doña Petra.

—¡Muera Mondoñedo! repitieron los estudiantes.

—¿Cómo es eso de Mondoñedo? preguntó Felipe: esto debe ser pariente de nuestro amigo: ¡alto el fuego! Cesó el aguacero de naranjas, y Felipe Cuevas se adelantó con aire marcial al desgraciado Heraclio.

—¿Usted se llama Mondoñedo?

—Así dicen, respondió el aturdido.

—Amigo mío, continuó Felipe, yo quiero una respuesta categórica: ¿A que Mondoñedos pertenece usted?

—A los de mi casa.

- Bien, ya eso es algo; ¿y dónde está la casa de usted?
 —¡Tomal en la Coruña; pues á donde había de estar?
 —Eso es muy lógico. Y no tiene usted hijos en México?
 Vaciló un momento, y después dijo de una manera segura:
 —No.
 —¿Entonces, no es usted pariente de Manuel Mondoñedo?
 El Gallego palideció.
 —Vamos la respuesta. Heraclio creyó que su fortuna iba á desaparecer, y tornó á contestar con rudeza:
 —No, yo no tengo parientes sino en la Coruña.
 —Este hombre no nos pertenece, gritó el estudiante; ¡fuego! Siguió la jácara y los naranjazos. El gallego, casi en fuga y jadeando de cansancio, llegó á la casa de diligencias á tomar iglesia.

VI

A las once de la mañana llegó Saligny con una turba de franceses y españoles, que bien pronto estarían de retorno al suelo hospitalario, á confesar contritos, que habían soñado al creer que en México se consumaría un acto de barbárie con los extranjeros. El señor ministro había comido "fueste," y venía hablando como un desesperado ostentándose como un Cid Campeador. Entróse en el carruaje, y toda la turbamulta en los suyos; sonó el látigo de los conductores, y una chifla espantosa fué el último adiós que recibieron los viajeros.

VII

Sigamos á Heraclio Mondoñedo, que fingiendo una gran pobreza, fué sobre los fondos de los amigos hasta Veracruz, y tornó como treinta años atrás, á tomar pasaje sobre cubierta, al retorno de la patria. En esas noches tranquilas del océano, Mondoñedo, acurrucado en un rincón del barco, acariciaba su cartera, de la que no se separaba un solo instante.

El "fénix" caminaba tranquilo, pero los nortes de Diciembre inquietaban á los pasajeros. El capitán había anunciado que al día siguiente estarían á la vista del puerto. Estas son unas palabras mágicas para quien acaba de atravesar las soledades majestuosas del Océano.

Reinaba una gran alegría en la cámara y cubierta de vapor. Todos los pasajeros alistaban sus equipajes, hablaban de sus proyectos, y unánimemente sentían haber dejado las playas de la República. Como á las cuatro de la tarde, el capitán subió á cubierta y comenzó á examinar el cielo y el mar.

- Amigos, dijo un francés, el gesto de nuestro capitán no me gusta mucho.
 —Es que los marinos españoles son desconfiados.
 —¡Demonio! añadió un asturiano, como que este buque merece la pena.
 —Es uno de los más hermosos.
 —Sentiría una desgracia, doblemente cuando ya percibimos la tierra.
 —Estas costas de Cantabria son endiabladas.
 —Han acontecido muchos accidentes marítimos.
 —¡Diablo! insistió el asturiano, no sé por qué toda la tripulación anda revuelta; el comandante se ha secretado con el capitán, y los oficiales reconocen la máquina, seguramente hay novedad.

—¡Holal señor capitán, dijo un montañés; ¿tendremos buen tiempo?

El capitán meneó la cabeza.

—¡Malol!

—El norte se anuncia; no sería malo que se entrasen en la cámara.

Los pasajeros obedecieron la indicación del capitán, que tenía todos los honores de una orden.

El mar comenzó á obscurecerse, y las nubes á envolverse en el horizonte. El viento crugía azotando la lona de la velas, que se plegaron á una señal del contramaestre.

Esa máquina está muy cargada, dijo el capitán.

Un oficial dió orden al maquinista para que hiciese más lento el giro de las ruedas. Las olas azotaban los costados del buque y amenazaban llevarse la obra muerta. A las dos horas soplabá un norte deshecho y el buque había perdido el palo de "mesana."

—¡Más lenta esa máquina! gritaba el capitán.

De repente el buque chocó contra un arrecife, dejando una de sus ruedas hechas pedazos entre las rocas. El maquinista, que se había cargado de coñac, llevaba el buque con toda la fuerza del vapor. El movimiento causado por el choque introdujo un desorden espantoso en la cámara, todos creyeron llegada la última hora. El agua comenzó á penetrar por los rotos costados de la nave.

—¡Los botes al mar! gritó el capitán, que fué obedecido instantáneamente.

Los pasajeros se lanzaron sobre cubierta aterrorizados.

El marino español no perdió un instante su sangre fría: hizo embarcar á los niños, á las señoras, á los ancianos y después á los jóvenes, quedándose solo con la tripulación hasta el último momento.

VIII.

Mientras se efectuaba aquel siniestro pasaje, Heraclio Mondoñedo escribió rápidamente algunas líneas en una hoja de su cartera que había sacado de su escondite, y con esa calma sombría que da la desesperación, encendió un fósforo y con él un mechero de cera; tomó una botella, metió en su cavidad los billetes de banco que hacían toda su fortuna, la tapó perfectamente con lacre, y se la puso á la cintura atada al cincho de cuero.

Salió después á la cubierta lleno de angustia, saltó el último á los botes. El capitán, que poseía uno de esos corazones que Dios eleva hasta lo sublime, y pone en los hombres que luchan con los grandes y terribles elementos de la creación, se paró en la cubierta en pos de una esperanza. Se le hacía doloroso perder aquella nave tan querida para él, ¿Cómo llegar al puerto, náufrago y avergonzado, sin el tesoro que se le había confiado? La sangre se agolpó á su cerebro, dos lágrimas aparecieron en sus pupilas, y presa del vértigo montó una de sus pistolas para abrirse las puertas del infinito. El océano y la eternidad se tocan en el horizonte. Los mástiles habían desaparecido y el buque debía sepultarse dentro de breves instantes.

—¡Al bote! exclamó el capitán dirigiéndose á sus marinos.

Estos, que veían que su capitán se quedaba en cubierta, permanecieron impacibles.

—¡Al bote! tornó á decir el bravo marino.

—¿Y vos, capitán? dijo uno de los jóvenes.

—Yo, me quedo.

—Pues nosotros no entraremos en el bote.

—Entrad, amigos míos, el buque anuncia que pronto nos abandona.

—Salvaos, capitán, dijeron los marinos; y comprendiendo la grandeza de aquel corazón se arrodillaron delante de él.

—Alzad y salvaos vosotros, quizá es tiempo todavía.

La máquina hizo explosión en aquel momento angustioso; la cubierta saltó en pedazos, y los marinos desaparecieron en brazos de la muerte. El capitán quedó un instante sobre los rotos pedazos de su buque, que se hundía pausadamente.

—¡Adios! dijo el marino tornando una mirada hacia el

puerto, cuyas luces comenzaban á destacarse entre las sombras, y arrancando de su corazón una última plegaria, bajó al abismo del océano, sirviéndole de ataúd las maderas de la perdida nave.

IX.

El vigía del puerto había anunciado ya al caer de la tarde que un buque estaba á la vista. Lo terrible del Norte hizo comprender al jefe de la capitania que el buque pasaba un mal momento, y dispuso lo necesario para auxiliarlo. Pasóse la noche en la mayor angustia, y al clarear la luz se vieron tres botes luchando con las embravecidas olas del océano. Darles auxilio era imposible. Cuando los esfuerzos del hombre son impotentes, se acude al cielo. Las sagradas campanas de los "Santos Mártires" tocaban rogativa por los náufragos, y la piedad cristiana elevaba sus súplicas al Creador del universo. De repente una lancha desapareció. Había zozobrado luchando con la muerte; el mar había salido vencedor. Heraclio Mondoñedo iba desgraciadamente en aquella lancha. Al caer entre las olas desprendió valientemente de su cintura la botella, que comenzó á burlarse de la tempestad, jugando entre las olas. Mondoñedo, al sepultarse en el abismo, dejó su secreto sobre la superficie del acéano. El registro marítimo señaló una catástrofe más en los peligrosos mares de la Cantabria.

CAPITULO XIV.

DONDE SE DA A CONOCER UNA PRENDA VIVIENTE DE LA GUERRA DE LOS CARLISTAS.

I.

El 29 de Septiembre del año de 1833, S. M. Fernando VII pagó á la naturaleza el tributo debido á la miserable condición humana. El cadáver estuvo expuesto durante algunos días y el genio de la guerra fratricida volaba en torno de aquel féretro. El nombre del rey había